

Rainer María Rilke (1875-1926), el poeta de Praga



Rilke, de origen austriaco, fue un viajero compulsivo, un europeo cosmopolita y desarraigado, un hombre en una permanente huida hacia adelante (como el poeta francés **Arthur Rimbaud**). Nació, como **Kafka**, en **Praga**, que pertenecía entonces al **imperio austro-húngaro**, en 1875. Y murió en **Valmont, Suiza**, en 1926.

Estudió en **Praga, Munich, Berlín**. De 1902 a 1914 vivió en **París**, fue secretario del escultor **Auguste Rodin** durante dos años. En el castillo de **Duino**, cerca de **Trieste** (una ciudad en la que también vivió **James Joyce** durante bastantes años), pasó varias temporadas invitado por su propietaria, la princesa **Marie von Thurn und Taxis**. Vivió también en **Rusia, Egipto, Italia, Escandinavia, Holanda y España**, a veces en compañía de **Lou Andreas-Salomé**.

Este eterno peregrinar de **Rilke** (llegó a cambiar cincuenta veces de domicilio en cuatro años) da a su poesía un tono de soledad, de desarraigo propio de un hombre sin familia ni ataduras, sin profesión ni patria; un acento de angustia existencial que también encontramos en los relatos de su compatriota **Kafka**.

Para **Rilke**, el poeta es un **vate**, un profeta o adivino, un alquimista de la palabra, un aristócrata iluminado por la divinidad que trata de conjurar el mundo y cambiarlo. Su poesía es el producto de una sensibilidad exacerbada, casi enfermiza, y de una profunda reflexión sobre los grandes misterios de la vida humana: el arte, el amor, la muerte, Dios... Su poesía es difícil y filosófica, llena de símbolos, desgarrada, entre la esperanza y la desesperanza, a caballo entre la fascinación por el mundo en que vivimos y la sensación de saberse un proscrito.

En su **primera etapa poética**, se entrega incondicionalmente a la poesía como **destino órfico**. En su **segunda época**, hay mayor presencia del pensamiento poético, mayor carga profética y mayor vuelo lírico.

En **Elegías de Duino** (1912-1922), sin duda su obra más relevante, se lamenta la desaparición de lo sagrado en el prosaico mundo moderno y se enaltece la contemplación pura de las cosas. Esta obra se le ocurrió paseando por los acantilados que rodean la rica mansión de la princesa **Marie von Thurn und Taxis**. Allí creyó oír las palabras con que comienza su poemario:

“¿Quién, si yo gritara, me oiría entre los coros de los ángeles?”

En pocas semanas acabó las dos primeras elegías, pero se quedó sin inspiración. Y no pudo terminar su obra hasta diez años después, en solo cuatro días de frenética inspiración. Tomó como modelos a **Goethe** y **Hölderlin**, cumbres de la poesía alemana. La nueva dimensión que da al paso del tiempo prefigura en este poemario el **existencialismo** europeo posterior. De todos sus símbolos, destaca el del **ángel**, personificación de la búsqueda de lo absoluto del ser humano en amargo contraste con su decadencia y depravación por estar destinado a vivir en este mundo oscuro.

En **Sonetos a Orfeo** (1922-1923) el poeta se entrega a la “iluminación poética”, a la divina **inspiración**. Se nos presenta de nuevo un mundo poblado de ángeles, locos, ciegos. Se habla de la **soledad** del habitante de la ciudad en un lenguaje metafísico y sentencioso, mágico y sugestivo, emocional, altamente perceptivo.

Primera elegía (fragmento)

¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre las órdenes angélicas? Y aun si de repente algún ángel me apretara contra su corazón, me suprimiría su existencia más fuerte. Pues la belleza no es nada sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces de soportar, lo que sólo admiramos porque serenamente desdénia destrozarnos. Todo ángel es terrible. Así que me contengo, y me ahogo el clamor de la garganta tenebrosa. Ay, ¿quién de veras podría ayudarnos? No los ángeles, no los hombres, y ya saben los astutos animales que no nos sentimos muy seguros en casa, dentro del mundo interpretado. Nos queda quizás algún árbol en la loma, al cual mirar todos los días;

nos queda la calle de ayer y la demorada lealtad de una costumbre, a la que le gustamos, y permaneció, y no se fue. Oh, y la noche, y la noche, cuando el viento lleno de espacio cósmico nos roe la cara: ¿Para quién no permanecería aquélla, la anhelada, la tierna desengañadora, ahí, dolorosamente próxima al corazón solitario? ¿Es más suave con los amantes? Ay, ellos sólo se ocultan uno a otro su suerte. ¿Todavía no lo sabes? Arroja el espacio que abarquen tus brazos hacia los espacios que respiramos; quizá los pájaros sientan el aire ensanchado con un vuelo más íntimo.

Décima elegía (fragmento)

Que un día, a la salida de esta visión feroz, eleve yo mi canto de júbilo y gloria hasta los ángeles, que asentirán. Que de los claros martillazos del corazón, ninguno golpee mal en cuerdas flojas, dudosas o que se rompan. Que mi rostro fluido me haga más resplandeciente: que el llanto imperceptible florezca. Oh, entonces, cómo me serán queridas ustedes, noches de aflicción. Cómo no me arrodillé más ante ustedes, hermanas inconsolables, para recibir las; cómo no me abandoné a mí mismo, más suelto todavía, en su suelto cabello. Nosotros, derrochadores de dolores. Cómo por anticipado los divisamos en la triste duración: por sí tal vez tienen final. Pero ellos son, desde luego, nuestro follaje de invierno, nuestro oscuro verde perenne, —uno de los tiempos del año secreto, no sólo tiempo—; son lugar, asentamiento, lecho, suelo, domicilio.

No le erijáis estelas

¡No le erijáis estelas!. Que la rosa no más florezca en su loor cada año. Porque es Orfeo. Su metamorfosis se ve en esto y aquello. ¿A qué empeñarnos por otros hombres?. De una vez por todas, es Orfeo quien canta. Viene y váse. ¿No basta ya que el cáliz de la rosa sobreviva unos días muchas veces? ¡Cómo habéis de entender que él se disipe! Aunque lo arredre a él mismo disiparse. Mientras aquí su canto aún se prolonga, llega a un lugar que no alcanzáis. Las cuerdas de la lira no estorban sus manos. Y en tanto llega más allá, obedece.

(*Sonetos a Orfeo*, 1ª parte, V)

Al ángel (fragmento)

Fuerte, tranquila luminaria, en el límite colocada: arriba la noche se hace exacta. Nosotros nos derrochamos en la oscura zozobra sobre la que se yergue tu pedestal.

Lo nuestro es: ignorar la salida de la extraviada circunscripción interior, tú te muestras sobre nuestros obstáculos y los enciendes como una alta montaña.

Tu júbilo está por encima de nuestro reino, y apenas captamos su precipitado; como la pura noche equinoccial de primavera estás tú dividiendo entre día y día.

¿Quién sería capaz de infundirte algo de la mezcla que secretamente nos enturbia?

